

Hoy escribe JAIME GUZMAN

El aporte de la Filarmónica

HACE algún tiempo, ciertos sectores pretendieron denunciar un supuesto "apagón cultural" en Chile. Con torpe intencionalidad se intentaba presentarnos así como una sociedad absorbida por una presunta vorágine materialista, en que una fiebre de consumismo y un letargo del espíritu estarían asfixiando nuestra capacidad creativa y difusora en lo intelectual y artístico.

Los hechos se han encargado de deshacer dicha falacia. Y es el slogan del "apagón cultural" el que —en realidad— ha sido apagado por el notable florecimiento de la cultura registrado en Chile últimamente, en las más variadas dimensiones de ésta.

Sería largo referirse al alcance de obras como el Museo Precolombino, orgullo para toda América; de la notable tarea desplegada por la Agrupación Beethoven, que dirige Fernando Rosas, incluida su magnífica radio; de la intensificación de grupos teatrales con interesantes y concurridos estrenos o reestrenos; del surgimiento de nuevas expresiones de canto popular juvenil, que interpretan y cautivan la sensibilidad de las nuevas generaciones, y tantos otros fenómenos

que comprueban una verdadera ebullición de nuestro mundo cultural y artístico.

QUISIERA aquí tan solo realzar lo que significa para Chile la reestructuración de nuestra Orquesta Filarmónica, cuya temporada oficial termina esta semana.

Gracias al impulso de la Corporación Cultural de la Municipalidad de Santiago, especialmente apoyada por el alcalde Carlos Bombal, se ha conformado acaso la mejor orquesta que nuestro país haya tenido, y que incluso se sitúa a un digno nivel internacional.

Aumentándose el número de sus integrantes, la Orquesta Filarmónica ha obtenido el volumen de sonido que



requiere la música sinfónica para apreciarse en toda su riqueza. Mejorándose la calidad de sus integrantes, con la adecuada contratación de chilenos y extranjeros, se ha conseguido dar más enjundia a las cuerdas, y superar la tradicional debilidad que presentaban los vientos, bronces y maderas en nuestras orquestas del pasado.

SOBRE esa base, el esmerado trabajo de Juan Pablo Izquierdo, conductor musical de auténtico genio en el más exigente de los sentidos, nos ha permitido escuchar en nuestro Teatro Municipal a una orquesta chilena de real jerar-

quía. Obras como la Consagración de la Primavera, de Stravinsky; la cuarta sinfonía, de Mahler, o la quinta, de Beethoven, han registrado así versiones de una categoría que abre la perspectiva de cubrir con éxito y variedad todo el repertorio sinfónico de mayor interés o envergadura.

Junto a ello, la temporada 1982 se estructuró con puros directores chilenos, feliz idea que volvió a traer a nuestro país a los jóvenes talentos de Max Valdés, Francisco Rettig y Juan Felipe Orrego, que ya triunfan en el extranjero, pero que, simultáneamente, echan también raíces en nuestra Patria, favoreciendo así su emulación por quizás cuántos otros músicos potenciales o incipientes.

SUELE pensarse erróneamente que ciertas expresiones artísticas —como la música clásica— sólo se circunscriben a una élite, sin alcanzar a la gran masa. Aparte de que Roberto Bravo demostró lo contrario en la Quinta Vergara, al reunir siete mil personas a gozar con Chopin, la experiencia comprueba que la impronta de los grandes artistas fragua primero en ciertas élites, pero luego se derrama hacia todo el pueblo, a través de las múltiples formas en que una expresión cultural forzosamente gravita en el país que la vive.

Sin desconocer ciertamente el valioso aporte histórico de nuestra Orquesta Sinfónica de la Universidad de Chile, pienso que la nueva Orquesta Filarmónica marca así un verdadero hito en el acontecer cultural de nuestra Patria.

◆ **“Es el slogan del apagón cultural el que, en realidad, ha sido apagado por el notable florecimiento de la cultura registrado en Chile últimamente”.**

La Seg. 25-VI-82